

noticias obreras

Una mirada cristiana del trabajo humano y el bien común

La «movilización autoritaria» que representa el ascenso de Donald Trump aliado con el magnate Elon Musk, en el contexto de las múltiples crisis que han debilitado los horizontes vitales de las personas, no se entendería sin la traducción en terminología política de las necesidades emocionales de las personas, plantea el filósofo José Antonio Zamora, en este Tema del Mes.

Plutocracia, destrucción y autoritarismo

José Antonio Zamora,
Investigador del Instituto
de Filosofía del CSIC

PARTICIPACIÓN Y DIÁLOGO

Con el **Tema del mes** nos ponemos a la escucha. Le animamos a realizar sus comentarios mediante la sección de www.noticiasobreras.es; en las redes sociales, con la etiqueta **#Plutocracia** o enviando su aportación a la dirección participacion@noticiasobreras.es



José Antonio Zamora

Investigador científico de OPIS
Instituto de Filosofía (CSIC)

@CCHS_CSIC

Ni las demandas judiciales ni los escándalos han podido detenerle: Donald Trump ha sido elegido presidente de Estados Unidos por segunda vez. Flanqueado por su mejor amigo Elon Musk, el «payaso del terror» intentará nada menos que remodelar el mundo.

¿Cómo ha sucedido esto? ¿Por qué más de 77 millones de estadounidenses han podido elegir a este Gobierno abiertamente plutocrático y autoritario para ricos del que buena parte de esos votantes tienen poco que esperar? ¿Por qué el resto del mundo o secunda con aprobación su triunfo o parece noqueado por una avalancha de medidas provocadoras, disruptivas o indecentes anunciadas con la pose de un matón de los bajos fondos?

Para intentar entender mínimamente esta situación, habría que adoptar una doble perspectiva. Por un lado, hay que considerar qué procesos y dinámicas de carácter sistémico pueden estar detrás de la estrategia política que representa Trump y una parte importante del populismo de extrema de derecha mundial que le acompaña, es decir, cuáles son los grandes retos a los que se enfrenta el sistema-mundo hoy y qué intereses se ven afectados por la evolución contradictoria de ese sistema. Pero, por otro lado, también hay que considerar lo que lleva a partes muy importantes de las poblaciones de países tan diferentes a identificarse con dicha estrategia de corte autoritario. Aquí solo se pueden ofrecer algunos apuntes sobre ambas cuestiones.

Al borde de la (auto)destrucción: crisis sistémica, economía de pillaje y plutocracia

La crisis de 2007/2008 supuso una enorme conmoción a escala global. Amplias capas de población en las sociedades más desarrolladas, identificadas, si no ideológicamente sí fácticamente, con el programa neoliberal despertaban de golpe con la que se puede calificar de «crisis de la solución a la crisis» (del fordismo). No conviene olvidar que el crac económico-financiero que cierra esta etapa no fue resultado de programas socialdemócratas o «comunistas», por usar el lenguaje de la extrema derecha, sino de las estrategias neoliberales desplegadas a lo largo de varias décadas como alternativa a aquellos programas: financiarización y sobreendeudamiento privado y público, deslocalización de la producción industrial, disminución de las rentas del trabajo y recortes de los estados de bienestar, incorporación de las nuevas tecnologías y la digitalización a los procesos productivos y a la logística y distribución, liberalización del comercio mundial e incremento/diversificación del consumo, intensificación de la explotación de la fuerza de trabajo, cultura del individualismo y de la empresarización del yo, etc.

A pesar de todo esto, sus promesas de crecimiento, prosperidad y bienestar estables a escala global se veían desmentidas o al menos sacudidas por los hechos. A esto se unían unas previsiones más que preocupantes sobre la disponibilidad de recursos energéticos y sobre el cada vez más próximo colapso medioambiental o sobre el posible derrumbe de la hegemonía mundial de las sociedades del Norte global cristalizada después de la II Guerra Mundial. El proceso de globalización neoliberal liderado por las élites de esas sociedades para asegurar la pervivencia

del sistema capitalista y la concentración de la riqueza en los países del primer mundo amenazaba su posición de potencias hegemónicas y las prerrogativas de las que gozaban sus poblaciones. *¿America second?* (¿América segunda?). Esta posibilidad emergía como un escenario de horror, pero cada vez más real.

En este horizonte no es difícil identificar lo que podríamos llamar puntos calientes o puntos críticos desde la perspectiva de los procesos de acumulación de capital y de su distribución: el acceso a recursos energéticos cada vez más escasos y pronto mucho más caros, la competencia exacerbada por controlar la producción y las cadenas de valor, las balanzas comerciales entre áreas económicas, la carrera tecnológica y digital, la disponibilidad y rentabilidad de capitales y la garantía del servicio de la deuda pública y privada, la disponibilidad y distribución mundial de la fuerza de trabajo barata, eficiente y dócil, el sostenimiento o el acceso a las retribuciones indirectas de protección social como fuente de fidelización de las poblaciones, los movimientos migratorios provocados por la pobreza, las catástrofes climáticas o la violencia política y bélica, la supremacía militar y de la industria armamentística... Y, de modo especial, el impacto del calentamiento global y sus derivadas económicas.

Estos puntos calientes fijan los frentes de conflicto y marcan hoy las nuevas estrategias en torno a la cuales se reconfiguran las alianzas y las luchas de los *global players* (jugadores globales) financieros, industriales, energéticos y tecnológicos. En torno a esos puntos calientes están en juego muchas cuestiones, entre ellas, la vida de millones de seres humanos e, incluso, la supervivencia de la humanidad. Pero desde el punto de vista del sistema capitalista, lo más importante en juego es el proceso de acumulación y apropiación privada de capital. Y lo que está claro es que, para quienes defienden ese punto de vista, el marco que caracterizó las fases anteriores del neoliberalismo (destructivo y desregulador, primero, y progresista, después) se ha visto superado por una doble estrategia: la remodelación de los Estados competitivos en Estados coercitivos autoritarios y la remodelación de la esfera pública (sociedad civil) con una orientación nacional-conservadora, racista y autoritaria. El neoliberalismo ha abonado el terreno para un populismo antide democrático, etnonacionalista, racista y plutocrático que promueve el proteccionismo y la fusión de poder empresarial, financiero y gubernamental. Se podría decir que ha engendrado lo que desde la propia perspectiva neoliberal es un Frankenstein: creando, por un lado, las condiciones de frustración socioeconómica, inestabilidad, pérdida de horizontes vitales por la precariedad y desintegración social que han propiciado el surgimiento de masas que se sienten engañadas y son fácilmente manipulables y, por otro, facilitando una concentración

“ Desde el punto de vista del sistema capitalista, lo más importante en juego es el proceso de acumulación y apropiación privada de capital

de poder industrial, financiero y tecnológico que permite a algunos actores saltarse las regulaciones y los marcos institucionales que, en alguna medida, domesticaban al capitalismo y lo defendían frente a sí mismo y a sus tendencias autodestructivas. La fase neoliberal ha naturalizado unos rendimientos del capital que superaban con mucho el crecimiento económico. Seguir sosteniendo estos rendimientos ya solo es posible estableciendo un régimen plutocrático y de extracción autoritaria de valor mediante una economía de pillaje.

A pesar de todas las contradicciones entre los sentimientos liberales, las aspiraciones autoritarias y el radicalismo del mercado capitalista que encarna el nuevo giro populista y plutocrático, la aventura de Trump y Musk lleva la firma de la actual constelación de crisis. En ella se dan cita diferentes facciones que han formado un nuevo compromiso (de clase). Parece que neoliberales, libertarios y fascistas coinciden en el valor añadido de la destrucción, ya sea de las políticas públicas de protección social o de cualquier otro signo, así como del entramado institucional encargado de implementarlas, ya sea de las políticas de lucha contra el cambio climático o cualquier forma de multilateralismo comercial, financiero, judicial o diplomático.

La disruptión se ha convertido en una estrategia tanto de provocación o agudización de las crisis, como de reorganización autoritaria de las mismas. Ya no se busca ningún tipo de compromiso entre facciones de las clases dominantes y subalternas con perspectiva de futuro, sino que se apuesta por un presente marcado por la destrucción de la sociedad y el medio ambiente, en el que las bandas se reparten entre sí el botín de esa destrucción. El Estado es un instrumento en manos de esas facciones del capital fósil, el capital riesgo y el capital tecnológico que lo patrimonializan en su propio beneficio. La alianza de las empresas tecnológicas y los fondos de capital riesgo viene de lejos. Pero la demanda de energía asociada a previsible expansión de la inteligencia artificial ha dado renovado protagonismo a las facciones del capital fósil que se han sumado a la «fiesta». Una vez que los

intereses de explotación del capital a largo plazo se han vuelto más imprevisibles, se trata de asegurar los beneficios a corto plazo de las políticas disruptivas. El nuevo acuerdo entre los actores de la disruptión no es otro que el de la destrucción. Ante las previsibles consecuencias a corto plazo de esta destrucción, las fabulas tecnológicas de la colonización de marte, las ciudades flotantes o la fusión de los seres humanos con la inteligencia artificial e internet suenan a alucinaciones mitologías.

Está por ver si este giro dará algún resultado de cara a afrontar los puntos calientes que se han señalado más arriba. O si no nos veremos muy pronto confrontados de nuevo con una «crisis de la solución autoritaria a la crisis» –del neoliberalismo–. Es de temer que quizás sea demasiado tarde para revertir los efectos de las políticas de destrucción. Con todo, es importante intentar entender qué lleva a partes importantes de las poblaciones afectadas por esas crisis a sumarse a la movilización autoritaria.

La movilización autoritaria y el procesamiento «mitológico» de la crisis

Utilizo el término «movilización» porque permite considerar el autoritarismo como un fenómeno dinámico, procesual y abierto, que pasa por coyunturas variables. La versatilidad y la adaptabilidad son dos características importantes de este fenómeno, que no es nuevo en la historia. También su devenir futuro está abierto y estará condicionado tanto por la evolución de los procesos estructurales y sistémicos como por la confrontación social y política. Pero lo que interesa subrayar aquí es que implica una activación e intensificación de determinados elementos discursivos que influyen tanto en los procesos de construcción de las subjetividades y en los conflictos psicodinámicos de los individuos como en los estados de opinión y en las diferentes formas de politización de los conflictos y las contradicciones sociales. Involucra a un conjunto amplio y diverso de actores sociales y no solo a los movimientos de extrema derecha e incorpora una pluralidad de elementos discursivos, prácticas sociales y cristalizaciones organizativas e institucionales que van desde los medios de comunicación tradicionales a las redes sociales, los grupos de presión, los laboratorios de ideas, los partidos y las más diversas organizaciones sociales. Todos ellos, y muchas veces de manera coordinada, poseen capacidad demostrada de reconfigurar la agenda pública e influir sobre amplias capas de la sociedad.

Si bien no se puede identificar sin más la crisis o la multicrisis sistémica que estamos viviendo como «la» causa del extraordinario incremento del autoritarismo, no cabe duda de que constituye el marco determinante de los procesos y conflictos sociales a los que responde

la movilización autoritaria. Ciertamente, los potenciales autoritarios, los elementos discursivos que les dan expresión y las actitudes intolerantes, así como cierta articulación organizativa siempre están presentes en las sociedades modernas capitalistas. Sin embargo, son las crisis sistémicas las que generan las condiciones que favorecen la «movilización autoritaria».

En este contexto, dicha movilización produce o se sirve de una «mitología» que reinterpreta, reelabora y afronta las crisis actuales (económica, ecosocial, de representación política, reproductiva y de cuidados, etc.) sin cuestionar ni transformar las estructuras sociales que las han generado. Es lo que intenta expresar el concepto de procesamiento «mitológico» de la crisis. El autoritarismo ofrece una forma de afrontar las crisis sistémicas no en el sentido de abordar sus raíces estructurales profundas, sino de reinterpretarla mediante la producción de relatos que reformulan los conflictos sociales básicos en términos «no sistémicos». De ahí que lo prioritario sean las luchas culturales. Esto permite gestionar el malestar, los miedos, la agresividad social que tienen su origen en las crisis, pero neutralizando sus potenciales desestabilizadores y canalizándolos hacia objetivos espurios, desplazando la atención y la mirada socialmente construida e instrumentalizando el malestar para estabilizar las estructuras de dominación social (económica, política, identitaria) desestabilizadas.

Para realizar esta «recodificación mitológica» de los conflictos sociales básicos en términos no sistémicos, la movilización autoritaria se sirve de una serie de elementos discursivos que constituyen el arsenal de la moderna «religión de la vida cotidiana» (Marx).

1) Aceptación o «defensa abierta de la desigualdad», que puede basarse en criterios étnicos, pero también puede servirse de marcadores sociales de propiedad, empleo, consumo, etc., y de manera creciente diferencias de género naturalizadas. **2)** El «darwinismo social» que promueve no solo la competencia individualista como mecanismo de regulación de las relaciones económicas, sino también la prevalencia social de los más fuertes o exitosos. Solo los mejores hacen la sociedad mejor y por eso deben mandar. La atención a los débiles debilita al conjunto, tanto más si estos son extraños o ajenos al colectivo nacional. **3)** El «racismo y la xenofobia» que esencializa y naturaliza las diferencias étnicas, bien para justificar una segregación o una jerarquización supremacista o para señalarlas como una amenaza a la identidad y la unidad del colectivo. **4)** El apoyo a «formas autoritarias de gobierno», esto es, la defensa de un estilo de gobierno duro e impositivo, reclamando figuras políticas fuertes y aceptando o exigiendo una reducción del sistema de garantías

jurídicas, de equilibrios entre poderes y contrapoderes, de controles institucionales o cívicos de las acciones de gobierno, etc. **5)** «Trivialización y minimización» de los autoritarismos y las «formas de gobierno dictatoriales del pasado» y el rechazo de la memoria crítica de ese pasado. **6)** El «chovinismo nacionalista» o la promesa convertida en estandarte político distintivo de recuperar el orgullo nacional, devolver al pueblo su autoestima y vengar las afrontas para hacer grande la nación (de nuevo). **7)** El derecho penal autoritario bajo la forma de «populismo punitivo» y políticas de tolerancia cero que refuerzan la criminalización de la pobreza y estigmatizan a colectivos enteros como delincuentes.

8) El «sexismo y antifeminismo» que se expresa en una lucha sin cuartel contra lo que se denomina «ideología de género» y sirve para recodificar la crisis de reproducción y de cuidados socialmente producida como un ataque a la familia tradicional y al rol supuestamente natural de las mujeres. Naturalmente, estos elementos discursivos presentan variaciones y concreciones específicas en los diferentes países y contextos.

No se puede entender el poder de estos elementos discursivos sin tener cuenta la función que cumplen en la economía psíquica de los individuos debilitados por las coacciones sistémicas y las crisis. Existe una afinidad entre determinados discursos, por un lado, y las estructuras y dinámicas psíquico-emocionales, por otro. Darwinismo social, etnocentrismo, caudillismo o sexismno no son simples construcciones que responden a intereses particulares y les dan expresión, sino que traducen y satisfacen fuertes necesidades emocionales en terminología política.

El análisis psicodinámico de los individuos llenos de prejuicios ha permitido mostrar las similitudes estructurales entre funciones psíquicas y elementos discursivos y entender por qué son atrayentes los discursos sexistas, racistas, ultranacionalistas y autoritarios: la interpretación maniquea del mundo, la exaltación del propio grupo, la división del mundo en buenos y malos, superiores e inferiores, el afán de identificar enemigos, la legitimación de la venganza y la violencia, el anhelo de simbiosis y de limpieza del espacio interior mediante la eliminación de lo extraño o escindido, las fantasías de grandeza unidas a una imaginada condición de víctima-mártir, la construcción de unos enemigos percibidos al mismo tiempo como perseguidores poderosos y subalternos débiles o despreciables, la visión catastrofista del mundo fuente de miedo y desconfianza, que ve la destrucción como un requisito para el nacimiento de un mundo ideal... todos estos elementos están al servicio de necesidades psíquico-emocionales producidas en los individuos por los procesos sociales. Su efectividad no depende de la coherencia y solidez de los discursos



Se apuesta por un presente marcado por la destrucción de la sociedad y el medio ambiente, en el que las bandas se reparten entre sí el botín de esa destrucción

con los que están asociados, ni se puede contrarrestar meramente mediante su desmonte ideológico, al menos mientras persistan las necesidades psíquico-emocionales a las que dan satisfacción.

Así, el «velo de ignorancia» que ocultaba a las clases medias las condiciones sociales y económicas de su posición contribuyó a la naturalización de sus pretensiones de rentabilidad individual al margen de o desvinculadas de los procesos de creación de valor de la «economía real». Cuando las expectativas de asegurar la riqueza se revelan como ilusiones para una parte importante de esa mayoría social, cuando los soportes ideológicos de la mentalidad meritocrática pierden soporte en la realidad debido a que el nuevo contrato social neoliberal ya no puede asegurar la reproducción del estatus, sobre todo después de la crisis, las clases medias viven la nueva situación como agravio, como herida narcisista. Hay que buscar un culpable de la destrucción del dinero que se han ganado «con el propio esfuerzo» y con el «duro trabajo». De esta manera asistimos a una autoescenificación victimista y una proyección del resentimiento sobre supuestos culpables arropadas por los partidos y los grupos mediáticos que han hecho de la clase media su clientela.

No se trata, por tanto, de buscar causas estructurales de aquello que produce el malestar, sino de personificarlo, de buscar culpables: ya sean determinadas élites (políticas) o grupos específicos (inmigrantes, musulmanes, asociales, criminales, comunistas, ateos, feministas o *lobby gay*). Se busca definir y señalar un enemigo sobre el que descargar la rabia y el resentimiento. Con este señalamiento va asociada una promesa: si se consigue repeler la invasión o el poder de los otros/extraños y eliminar a la élite maligna, se podrá restablecer el buen orden que se creía perdido: una sociedad sin crisis y estable, una sociedad pacificada, en la que las personas de bien, honradas y trabajadoras puedan llevar una vida cómoda y sin sobresaltos –algo que nunca existió–. En esta concepción de las estructuras y las dinámicas sociales, de los conflictos que estas generan y de las amenazas que



Son las crisis sistémicas las que generan las condiciones que favorecen la «movilización autoritaria»

desencadenan, acabar con el enemigo exterior o interior se presenta como la solución definitiva. Los conflictos de intereses sociales ya no se negocian, el poder se impone en cuanto puro poder. La eliminación del daño supuestamente infligido a la comunidad nacional por un espíritu maligno se consigue mediante la destrucción del mal y de sus representantes. Por eso el odio colectivo alimentado por el miedo necesita psicológica y políticamente de un «objeto» sobre el que proyectarse, que es señalado primero como extraño, para ser definido después como enemigo y, llegado el momento, convertirlo en víctima.

El pueblo, las élites malignas y el «enemigo» interior/exterior

Los elementos discursivos de la movilización autoritaria (racismo, sexism, punitivismo, ultranacionalismo, etc.), a través de los cuales se «recodifica» y se «reinterpreta» la naturaleza de la crisis, se articulan en torno a tres polos en tensión: 1) El pueblo/la nación/lo propio, 2) La élite económica/política/mediática (globalizada) y 3) Los extraños: migrantes, minorías étnicas, enemigos políticos, el islam, los homosexuales, etc. Estos tres polos son constructos semánticos del propio discurso autoritario.

Lo propio/la nación/el pueblo, tal como supuestamente era y debería volver a ser, se imagina como una comunidad étnica y culturalmente homogénea basada en la familia nuclear heteropatriarcal, que se organiza en un Estado-nación soberano y tiene una economía próspera que incluye a todos los que trabajan y se esfuerzan («la España que madruga»), una economía sana basada en el esfuerzo compartido por construir una nación fuerte. Los términos en los que se define esa comunidad orgánica naturalizada revelan la pretensión de conseguir una identificación inclusiva y al mismo tiempo excluyente: la gente «normal», el «ciudadano medio», el «sentido común», los «trabajadores honrados» o la «mayoría silenciosa». Todo atisbo de antagonismo y conflicto de intereses al interior de la comunidad se traduce en antagonismo con un «afuera» o con un «enemigo interior». Por eso es fundamental presentarla como un todo amenazado y en peligro. Su pervivencia como comunidad étnica y casi biológica, su identidad cultural/nacional y su soberanía

política están amenazadas («gran reemplazo»). Y esas amenazas tienen unos causantes identificables: las élites malignas y los otros extraños.

Esta estructura tripartita de las relaciones sociales va asociada a esquemas de interpretación de la realidad que son bien conocidos: dualismo amigo-enemigo, conspiracionismo, personificación del mal, emocionalización, etc. La élite corrupta ha traicionado y usurpado la soberanía del pueblo/nación y actúa como el verdadero soberano en la sombra o entrega esa soberanía a poderes ajenos (económicos, institucionales, etc.). La política ya no sería la expresión de la voluntad del pueblo ni la defensa de sus intereses. De este modo se prepara a los seguidores para la agresión bajo el supuesto de que se trata de un ataque preventivo basado en el derecho a la autodefensa. La construcción conspiranoica de la amenaza a la soberanía nacional exime de toda confrontación con los hechos, pues se basa en un saber sobre procesos ocultos que comparten el líder y sus seguidores y que funda una comunión de destino para evitar la destrucción del pueblo o la nación. Esto explica la significación que adquiere el «resurgimiento nacional»: devolver el poder, el honor y el orgullo al pueblo, que ha sido debilitado, minorizado y manipulado, ya que su voluntad política ha sido supuestamente secuestrada y sus intereses supeditados a intereses foráneos o de ciertas élites malignas y perversas.

Las organizaciones políticas autoritarias y sus líderes se presentan entonces como la verdadera «voz» de ese pueblo minorizado, silenciado y manipulado por una «clase política» separada del pueblo, que no es su verdadero representante, sino un «usurpador del poder». Su supuesto programa oculto busca la disolución de las naciones, la igualación étnico-cultural y la destrucción de las tradiciones culturales y morales de los pueblos. Estos procesos no son vistos como cambios producidos por transformaciones estructurales, sino como un proyecto de dominación ideado y ejecutado por esa élite maligna, que supuestamente viene imponiendo desde hace tiempo sus objetivos de adoctrinamiento y realizando un «experimento ideológico» de ingeniería social para reeducar y engañar al pueblo. En esta concepción de la élite maligna ocupan un capítulo especial los medios de comunicación: manipuladores, adoctrinadores y censuradores de las opiniones no políticamente correctas.

El autoritarismo populista se presenta frente a ellos como defensor de la verdadera libertad de opinión, de lo que piensa realmente el pueblo, que ahora puede y debe expresarse «libremente» a través de las redes. De esta manera se da un vuelco a la crisis de representación política que tiene una base real en la amplia subordinación del poder político a las exigencias sistémicas provenientes de la esfera económica durante la etapa neoliberal. El discur-



so autoritario antiélite lejos de cuestionar esas exigencias, más bien las convierte en imperativos políticos y presenta al líder autoritario como investido de un poder capaz de dispensar a «su» comunidad nacional y solo a ella de los efectos negativos de dichas exigencias y convertirlas así en fuente de una prosperidad exclusiva para la propia nación. La cuadratura del círculo: hay que dejar a la economía funcionar a su aire y, al mismo, tiempo hacerla funcionar para ventaja exclusiva del «nosotros» nacional.

Pero la efectividad de esta construcción no proviene solo de los medios de que dispone el nacionalismo autoritario para troquelar, mediante su propaganda, las subjetividades, sino de la función psíquico-emocional que cumple en los individuos debilitados por los procesos de socialización capitalista. Las fantasías narcisistas se identifican proyectivamente con las objetivaciones de la identidad nacional, dando lugar a la experiencia afectiva y emocional de la pertenencia a una nación determinada. El nacionalismo como sistema ideológico de creencias y el amor a la nación activan en el individuo un deseo de fusión cargado de emocionalidad. Un yo previamente aislado y debilitado experimenta así una enorme expansión y una sensación oceánica de ampliación. Esta es la forma de compensar que la promesa de igualdad y libertad se aleje cada vez más de cualquier posible cumplimiento en un capitalismo en crisis. Naturalmente la compensación de la herida narcisista actúa de modo diferente en 1) quienes buscan protección, seguridad y orden porque se sienten inseguros y atemorizados frente a un futuro incierto, a los cambios culturales y sociales o las formas de vida cada vez más diversas y creen encontrar lo que buscan en una figura que representa fortaleza y decisión, capaz de poner orden y restablecer la «normalidad», 2) quienes se mueven por un sentimiento de rabia y de pérdida de estatus político e identitario y, por eso, se ven representados por un colectivo nacional y un líder que promete

devolverles su posición de privilegio y su estatus en los que se expresa la «verdadera» nación y 3) quienes buscan ser liberados de su frustración socioeconómica y creen que una nación fuerte y un líder agresivo les dará ventajas en un marco de competencia brutal y revertirá las pérdidas reales o percibidas, origen de su frustración. Sin embargo, el mecanismo de compensación que sirve a la identificación con el colectivo y el líder autoritario es extremadamente frágil y se ve permanentemente amenazado por las carencias e insuficiencias experimentadas en la vida real. De ahí que esa fragilidad deba ser silenciada y acallada proyectando sobre los «otros» todo aquello que la amenaza. En todas partes, la compensación narcisista va de la mano del resentimiento y la agresión contra los inmigrantes.

¿Hay salida?

Hacer pronósticos de si hay salida y qué tipo de salida a la constelación autoritaria resulta extremadamente difícil. Tendrán que coincidir el fracaso de las estrategias de la nueva alianza de neoliberales, libertarios y fascistas y un colapso de los fantasmas e idealizaciones que persiguen inútilmente quienes se identifican con esas estrategias.

Si lo primero es más que probable, lo segundo no va a ser tan fácil. Intentar librarse de las batallas culturales con los discursos populistas autoritarios no creo que conduzca a resultados reseñables. La batalla hay que darla en torno a las cuestiones de fondo falseadas por dichos discursos.

Solo se podrán combatir las estrategias de esa nueva alianza planteando respuestas verdaderamente alternativas a los retos que nacen de la multicrisis sistémica actual. Un retorno al «capitalismo social» de los años 60 (o su representación idealizada), es decir, a los buenos salarios y el pleno empleo, el Estado asistencial y las

políticas de igualdad de oportunidades, etc. –quizás flanqueado por un potente tercer sector solidario, algo de economía ecológica y más participación ciudadana–, ya no va a ser posible.

Y no porque ese capitalismo idealizado no sea mejor que el actual. La cuestión es si sería ya posible, dados los límites internos y externos del sistema. Sin abandonar las luchas de reparto, sobre todo dada la gravedad del expolio, es preciso encaminar los esfuerzos a poner las bases sociales y culturales de una organización de la producción y la reproducción más allá de la valorización y el Estado capitalista.

El «horizonte poscapitalista» en el que ha de inscribirse la lucha debe encaminarla hacia proyectos de democracia económica, de bien común, de decrecimiento ecofeminista, etc. en los que se replantee de manera no mercantil tanto la relación con la naturaleza como la (re)producción de la vida, la organización colectiva –la política– y la lectura, la evaluación y la expresión de lo real –la cultura–.

La transformación fundamental que persiguen estos proyectos es poner la producción de los medios de vida al servicio, ante todo, de la producción y reproducción de la vida. El problema es que apenas existen actores sociales capaces de plantear un cambio radical de este tipo y los que existen poseen un carácter verdaderamente marginal.

En todo caso, las claves culturales de esas nuevas bases tienen que ver con la resistencia a la lógica de la competitividad y la selección del más fuerte, que va dejando una legión de perdedores y desechos humanos en su avance. Resistencia que se apoya en prácticas cooperativas y

“ La cuadratura del círculo: hay que dejar a la economía funcionar a su aire y, al mismo tiempo hacerla funcionar para ventaja exclusiva del «nosotros» nacional

solidarias en todos los ámbitos de la vida social; con la resistencia a la lógica del crecimiento infinito y la abundancia inagotable, que ni atiende a los límites ecológicos ni a los límites humanos del productivismo desbocado. Resistencia que se apoya en prácticas de autocontención y austeridad a favor de la calidad de vida; con la resistencia a la tecnocredulidad y a la penetración tecnomorfa de todos los ámbitos de la vida cotidiana. Resistencia que se apoya en prácticas de sometimiento de la innovación tecnológica a objetivos de humanización y satisfacción de necesidades; con la resistencia a la penetración de las individualidades por la lógica empresarial, que las convierte en nudos de recursos y competencias instrumentalizables. Resistencia que se apoya en prácticas de afirmación de la dignidad de cada ser individual; con la resistencia a la lógica del conformismo y la adaptación a lo existente, que naturaliza el orden dominante y niega toda posible alternativa. Resistencia que se apoya en prácticas de rebeldía e insumisión frente la injusticia...

Al autoritarismo solo se le puede combatir con proyectos verdaderamente alternativos para el conjunto de la sociedad. ●

